

FÉLIX J. PALMA



El
MAPA
del CAOS

Cuando la persona que más ama muere trágicamente, el protagonista de esta historia hará todo lo posible para hablar con ella una última vez. Necesita confesarle el secreto que le atormenta y no se atrevió a contarle en vida.

En el Londres victoriano, en pleno apogeo del espiritismo, una sesión con el mejor médium de la historia se presenta como la única solución, pero en ella se desencadenarán fuerzas más terribles de lo que nadie podía imaginar. El mundo entero está en peligro, y su salvación reside en las páginas de un misterioso libro titulado El mapa del Caos. Si nuestro protagonista no lo recupera, jamás podrá llegar hasta la persona amada, pues incluso el Más Allá dejará de existir.

Pero no estará solo en esta aventura. Contará con la inestimable ayuda de Arthur Conan Doyle, el padre de Sherlock Holmes, de Lewis Carroll, el autor de Alicia en el País de las Maravillas, y por supuesto de H. G. Wells, cuyo Hombre Invisible tal vez haya escapado de las páginas de su famosa novela, para sembrar el terror entre los hombres. Solo ellos pueden descubrir la forma de salvar el mundo. Solo ellos pueden encontrar el camino para reunir a los amantes separados por la muerte. El camino a través de los espejos...

El mapa del Caos es una aventura trepidante, en la que el autor, con la magistral escritura y el fino humor al que nos tiene acostumbrados, mezcla amores imposibles, acción a raudales, fantasmas verdaderos y mediums falsos, en un explosivo coctel que atrapará a los lectores de todo el mundo. O como diría el misterioso narrador de esta novela, de todos los mundos posibles.

¿Qué harías para recuperar a un ser querido, presunto lector? ¿Irías incluso a buscarlo al Más Allá, desafiando a la propia muerte? Pero imagina que cuando estás a punto de partir, descubres que el mundo esta en peligro. Una epidemia sobrenatural amenaza con destruirlo, y su salvación reside en las páginas de un misterioso libro titulado *El mapa del caos*. Para ir en busca de tu amor perdido, antes tendrás que rescatar ese libro de las garras del villano más temible que se pueda imaginar. Pero no temas, cuentas con la inestimable ayuda de Arthur Conan Doyle, el padre de Sherlock Holmes, de Lewis Carroll, el autor de *Alicia en el País de las Maravillas*, y por supuesto de H. G. Wells. Solo ellos podrán salvar al mundo usando la imaginación, y mostrarte que tu amor perdido no está tan lejos como creías.

FÉLIX J. PALMA

Para mis padres y su obra,
que cada vez tiene más páginas

Guía del lector

Dada la complejidad de asuntos y los numerosos personajes que deambulan por esta novela, me veo obligado a facilitar al bienintencionado lector una relación de los más relevantes. Aunque es mi deber advertirles de que su lectura podría desvelar ciertos aspectos de la trama, por lo que si prefieren aventurarse en estas páginas con una venda sobre los ojos, les recomiendo que la sorteen con elegancia. No me lo tomaré como una ofensa.

Para los menos atrevidos, el listado, por riguroso orden de aparición, es el siguiente:

Wells Observador: eminente biólogo, versión alternativa del escritor H. G. Wells en algún otro mundo.

Jane Observadora: esposa de Wells Observador, directora de proyectos de su laboratorio, versión alternativa de Amy Catherine Robbins en algún otro mundo.

Dodgson Observador: profesor de matemáticas, versión alternativa del escritor Lewis Carroll en algún otro mundo.

Newton: perro de la raza *border collie* usado por Wells Observador como cobaya en sus experimentos.

Herbert George Wells: escritor británico, más conocido como H. G. Wells, considerado el padre de la ciencia ficción y autor de numerosas novelas, entre ellas: *La máquina del tiempo*, *La guerra de los mundos* y *El hombre invisible*. Si han leído esta trilogía, es innecesario añadir nada más, salvo quizá que en 1970 se bautizó con su nombre un astroblema lunar.

Amy Catherine Robbins: esposa del escritor H. G. Wells, quien cariñosamente la apodaba Jane.

Cornelius Clayton: agente de la División Especial de Scotland Yard, encargada de estudiar lo sobrenatural. Perdió la mano izquierda en su primera misión y desde entonces usa una sofisticada prótesis de madera y metal.

Angus Sinclair: capitán de la División Especial de Scotland Yard. Se desconoce cómo perdió su ojo derecho, por lo que no podemos descartar que fuera depilándose las cejas.

Valerie de Bompard: hermosa aristócrata francesa afincada en el pueblo maldito de Blackmoor, e interés amoroso del agente Clayton.

Armand de Bompard: esposo de la condesa de Bompard, científico adelantado a su tiempo.

Muscardinus avellanarius: popularmente conocido como lirón castaño, autóctono de las islas Británicas.

Lady Ámbar: famosa médium de Londres, experta en materializaciones ectoplasmáticas.

Sir Henry Blendell: arquitecto de Su Majestad, diseñador de los más grandiosos pasadizos y muebles truncados de la Historia, hombre de gran talla moral hasta que se demuestre lo contrario.

Theodore Ramsey: cirujano, químico y biólogo eminente, aficionado a crujiarse los dedos de las manos.

Williams Crookes: reputado científico e investigador de fenómenos paranormales. Es conocido sobre todo por su defensa de la médium Florence Cook, capaz de contactar con el espíritu de Katie King, hija del legendario pirata Henry Morgan.

Catherine Lansbury: anciana de misterioso pasado, viuda, aficionada al espiritismo, inventora del Sirviente Mecánico, apasionada de las galletas Kemp.

El hombre invisible: villano de la historia, despiadado asesino cuya identidad, evidentemente, no vamos a desve-

lar en las primeras páginas. Baste decir que se le conoce como M.

Clive Higgins: doctor en neurología, psicoanálisis y demás afecciones del alma.

Gilliam Murray: conocido como el Dueño del Tiempo, quien fingió su muerte en la cuarta dimensión. Desde entonces se esconde bajo la falsa identidad del millonario Montgomery Gilmore, que sufre de vértigo.

Emma Harlow: joven neoyorquina, prometida del millonario Gilmore, de quien ignora su verdadera identidad, y a la que no se la puede conquistar usando las mismas tácticas que con el resto de las mujeres.

Dorothy Harlow: tía de Emma, vieja y amargada solterona, irremediablemente abocada a morir en soledad.

Baskerville: cochero de Gilmore, octogenario cuando menos, muestra una extrema fobia hacia los perros.

Arthur Conan Doyle: médico y escritor escocés, aficionado al espiritismo y presunto telépata, conocido por ser el creador de Sherlock Holmes, el detective más famoso del mundo.

Jean Leckie: amante de Arthur Conan Doyle.

Ejecutor 2087V: organismo cibernético programado para matar a aquellos que pueden saltar entre mundos. Realiza su trabajo con eficacia, pero debido a un defecto de fabricación, no puede evitar que lo inunde un sentimiento de culpa.

Cleeve: mayordomo de Undershaw. Desconocemos su vida privada.

Alfred Wood: alias Woodie, estoico secretario de Doyle con un más que decente brazo para el críquet y un inusitado talento para la ventriloquia.

Gran Ankoma: también conocido como Amoka o Makoma, prodigioso médium criado en Sudáfrica por una tribu bantú, especializado en escritura automática. Su nombre, cuando se pronuncia correctamente, significa el último niño

nacido, aunque advertimos que la traducción es aproximada.

Alicia Liddell: niña de seis años, una de las hijas del decano Liddell, modelo real en el que se inspira el personaje protagonista de *Alicia en el País de las Maravillas*.

Lewis Carroll: seudónimo del escritor británico Charles Dodgson, autor de *Alicia en el País de las Maravillas*, y su secuela, *Alicia a través del espejo*. También publicó numerosos artículos y libros de matemáticas, estos con su verdadero nombre, y fue un notable fotógrafo, un soñador inofensivo y un tartamudo adorable. Aunque era profesor en la Christ Church College de Oxford, rechazó que lo ordenaran sacerdote. Los motivos se desconocen.

Elmer: mayordomo de Gilmore, felizmente casado con Daisy, adicta a los bizcochos rellenos de confitura de arándanos.

Eric Rucker Eddison: escritor británico conocido sobre todo por su primera obra, *La serpiente Uróboros*, novela que rinde homenaje a los mitos escandinavos. Muchos estudiosos consideran que esta obra abrió el camino de la fantasía moderna.

El mapa del caos: libro que contiene la salvación del mundo, de este y de todos los que puedan imaginar. Y también el libro que se disponen a leer.

No creo en fantasmas, pero me dan miedo.

MADAME DU DEFFAND

Si de algún modo controlásemos las probabilidades, podríamos llevar a cabo hazañas que serían indistinguibles de la magia.

MICHIO KAKU,

Universos paralelos

Dios sabe que he soñado y he velado y he vuelto a soñar, hasta que no sé bien lo que es sueño y lo que es realidad.

ERIC RUCKER EDDISON,

La serpiente Uróboros

PRIMERA PARTE

¡Adelante, apreciado lector, sumérgete en las páginas de nuestro último folletín, donde te esperan aventuras aún más increíbles que las anteriores!

Si los viajes en el tiempo y las invasiones marcianas no han sacudido tu corazón con suficientes emociones, ahora podrás aventurarte en el mundo donde habitan los fantasmas y demás monstruos de la razón.

Tal vez quieras pensártelo mejor antes de pasar la primera página, pero es mi deber advertirte que, si no te atreves, jamás descubrirás lo que hay al otro lado de la realidad que crees conocer.

«—Esta noche está usted deslumbrante, condesa.

»—¿Ese es el único cumplido que se le ocurre? —se burló ella—. Francamente, esperaba algo más de un hombre de su portentosa inteligencia. Además, no debería intentar coquetear conmigo, agente. Soy una mujer peligrosa. Creí que ya lo había adivinado.»

Prólogo

Faltaban quince minutos para que comenzara el debate cuando distinguieron el Palacio del Saber recortándose contra el lienzo dorado del crepúsculo. Las cúpulas tapizadas de azulejos del impresionante edificio, que despuntaba con autoridad sobre un horizonte londinense de tejados puntiagudos, desmenuzaban los últimos rayos del sol en docenas de destellos. A su alrededor, como una nube de insectos, los panzudos dirigibles, las barcazas aerostáticas, los ornitópteros y los cabriolés flotantes se mecían entre las nubes. Precisamente en uno de aquellos carruajes alados, que se acercaba al edificio planeando majestuoso en la brisa, viajaba el eminente biólogo Herbert George Wells, acompañado de su hermosa esposa. No, de su inteligente y hermosísima esposa.

En aquel instante, el biólogo miró hacia abajo por la ventanilla. En las calles, que discurrían como estrechas veredas entre las espigadas torres llenas de vitrales, unidas unas a otras por puentes colgantes, pululaba una nerviosa muchedumbre. Los caballeros, tocados con chistera y capa, parloteaban con sus guanteletes comunicadores pegados a la boca, las damas paseaban a sus perritos mecánicos, los niños se desplazaban en patinetes eléctricos y los autómatas zancudos se movían entre aquella riada de personas sorteándolas con calculada elegancia, mientras caminaban diligentes hacia algún encargo. De entre las aguas del Támesis, que el atardecer teñía de oro, emergían de tanto en tanto los pequeños Nautilus fabricados por las Industrias Verne, que, como peces globo, desovaban a sus pasajeros

en ambas orillas del río. Pero a medida que se acercaban a South Kensington, donde se erigía el palacio, aquel bullicioso hormiguero parecía tomar un único rumbo. Todos sabían que aquella noche tendría lugar el debate más importante de cuantos se habían celebrado en el Palacio del Saber durante la última década. En ese momento, como para recordárselo a los ocupantes del ornitóptero, un pájaro mecánico pasó a su lado anunciando el evento con exaltada grandilocuencia, y luego planeó hacia el edificio más cercano para seguir con su letanía, posado sobre la cabeza de una gárgola.

En el interior, Wells suspiró intentando serenarse, y se secó las sudorosas manos en el pantalón.

—¿Crees que a él también le sudarán las manos? —preguntó a Jane.

—Por supuesto, Bertie. Él se juega en esto tanto como tú. Además, no debemos olvidar que su problema hace que...

—¿Su problema? ¡Oh, vamos, Jane! —la interrumpió Wells—. Lleva años de tratamiento con el mejor logopeda del reino. No creo que debamos seguir considerando que tiene un problema.

Y como si con eso diera por zanjado el asunto, se recostó en su asiento y dedicó una mirada distraída a la hilera de casas girasol que poblaban Hyde Park, pivotando sobre sus pilares en busca de los últimos rayos del sol. No pensaba admitir ante Jane que su rival tenía aquel insidioso y traicionero problema —del que, por otro lado, pretendía aprovecharse en caso de necesitarlo—, pues si este le vencía, su derrota sería doblemente patética. Pero Wells no pensaba perder. Tuviera o no su *pequeño* problema bajo control, era mucho mejor orador que el viejo. Si tenía una de sus noches inspiradas, le vencería sin esfuerzo; incluso si no la tenía. Lo único que le preocupaba era que su oponente pudiera ganarse al público con algunos de los silogismos con que acostumbraba a aderezar sus discursos, pero confiaba

en que los espectadores no se dejaran cegar por un vulgar fuego de artificio.

Wells sonrió para sí. Creía sinceramente que su generación era la más importante de cuantas habían pisado la tierra, pues a diferencia de las anteriores, tenía en sus manos el futuro de la especie. Las decisiones que tomaran, fueran o no acertadas, retumbarían en los siglos venideros. Ese era el destino que le había tocado en suerte. Y, a pesar de ello, Wells no podía disimular el entusiasmo que le provocaba hallarse en aquel tramo tan emocionante de la historia humana, donde se decidiría su salvación. Si todo iba bien, aquella noche su nombre quizá pasara a formar parte indisoluble de la Historia.

—Si quiero ganar no es por vanidad, Jane —le dijo de pronto a su esposa—. Es simplemente porque creo que mi teoría es cierta, y no podemos perder el tiempo demostrando la suya.

—Lo sé, querido. Ya sabes que me pareces muchas cosas, pero nunca me has parecido vanidoso —mintió ella—. Ojalá hubiera suficientes fondos para desarrollar ambos proyectos. Es arriesgado tener que escoger. Si nos equivocamos...

Jane no acabó la frase, y Wells tampoco dijo nada. Si su teoría salía ganadora, no se equivocarían. Estaba seguro de ello. Aunque a veces, sobre todo las noches en que observaba la metrópoli iluminada desde la cristalera de su despacho, se preguntaba si, después de todo, no estarían todos equivocados; si aquel mundo donde la búsqueda del Conocimiento lo envolvía todo, lo dirigía todo, lo era todo, era realmente el mejor mundo que habían podido construir. En aquellos momentos de debilidad, como los llamaba a la luz del día, acariciaba la idea de que la Ignorancia era preferible al Conocimiento. Tal vez habría sido mejor dejar que la naturaleza y sus leyes continuaran ocultas en la noche, seguir pensando que los cometas presagiaban la muerte de los reyes, que más allá de donde alcanzaban los mapas, ha-

bitaban los dragones... Pero la Iglesia del Conocimiento, cuya sagrada sede se encontraba en la ciudad de Londres, regía la vida del hombre. Era la única religión del planeta, un credo que fundía en una única disciplina la filosofía, la teología, la política y todas las ciencias. Desde su nacimiento, se azuzaba a los hombres a descifrar la obra del Creador, a comprender su funcionamiento, cómo se había fraguado y qué clase de fuerzas la mantenían cohesionada. Se les instigaba incluso a resolver el acertijo de su propia existencia. Guiado por la religión única, el hombre había convertido la búsqueda del Conocimiento en su razón de ser, y en su afán por desentrañar cada uno de los misterios que embellecían el universo, había acabado mirando detrás de la cortina. Quizá ahora no estaban sino pagando el precio de su osadía.

Ante la entrada del palacio habían desplegado una alfombra roja, a cuyas orillas se agolpaba una muchedumbre vociferante que agitaba todo tipo de pancartas, mientras una docena de policías intentaba que su fervor no se descontrolara. Desde su construcción, el catedralicio edificio había albergado grandes debates. Allí se había discutido sobre la escala del universo, el principio del tiempo o la existencia del superátomo, debates legendarios todos ellos, cuyas mejores frases, fintas y bromas habían pasado a formar parte de la vida cotidiana. El ornitóptero rodeó sus torres, demorando el momento de posarse en el claro de calle que habían acordonado para tal fin. Las arañas limpiadoras habían dejado resplandecientes los vitrales del palacio, y los pelícanos mecánicos habían devorado la basura de las aceras, por lo que aquella parte de la metrópoli mostraba un aspecto inmaculado que daba apuro mancillar. Cuando el ornitóptero al fin tomó tierra, un autómatas zancudo vestido como un lacayo de librea acudió a abrirles la puerta. Antes de bajar, Wells dedicó a Jane una mirada donde convivían la resolución y el temor; a cambio, ella le devolvió una sonrisa tranquilizadora. La multitud estalló en

un unánime rugido de júbilo cuando bajó del vehículo. Wells oyó gritos de ánimo mezclados con los abucheos de quienes defendían a su rival. Con Jane de su brazo, cruzó el desfiladero que era la alfombra roja siguiendo al autómatas, saludando con la mano al público, mientras se esforzaba en aparentar la serenidad de quien se considera muy superior a su contrincante.

Atravesaron el pórtico, donde en enormes letras de hierro y bronce podía leerse: «La ciencia sin la religión es coja. Pero la religión sin la ciencia es ciega». Una vez dentro, el autómatas los guió hasta su camerino por una estrecha galería, y luego se ofreció a conducir a Jane hasta el palco de honor. Era el momento de despedirse. Jane se acercó a Wells y le ajustó el lazo de la corbata.

—Tranquilo, Bertie. Vas a hacerlo muy bien.

—Gracias, querida —masculló él.

Entonces ambos cerraron los ojos y juntaron suavemente sus frentes durante unos segundos, honrando el cerebro del otro. Tras aquel gesto íntimo, con el que las parejas se comunicaban lo indispensable y reveladora que resultaba la compañía del otro en el común viaje hacia el Conocimiento, Jane clavó sus ojos en los de su marido.

—Mucha suerte, querido —le dijo, y luego recitó—: El caos es inexorable.

—El caos es inexorable —repitió aplicadamente Wells.

Le hubiera gustado despedirse de su mujer con la consigna que se usaba en los tiempos de sus padres, «Somos lo que sabemos», que con tanta fidelidad reflejaba las aspiraciones de su mundo. Pero desde que se descubrió el fatal destino que aguardaba al universo, la Iglesia había impuesto aquella otra para concienciar a la población de que el fin estaba cerca.

Tras la despedida, Jane siguió al autómatas hacia su palco. Mientras la veía alejarse, Wells admiró una vez más la milagrosa combinación de genes que había dado lugar a aquella mujer, tan menuda y hermosa como una figurita de